

«¡Doble ración
de travesuras
y diversión!»

Jeff Kinney,
autor de
DIARIO DE GREG



BROMAS PESADAS S. A.



**JORY JOHN Y
MAC BARNETT**

Ilustraciones de
Kevin Cornell

DESTINO

BROMAS PESADAS S. A.

JORY JOHN Y MAC BARNETT

Ilustraciones de
Kevin Cornell

DESTINO

PARA TAYLOR

—MB

**ESTE LIBRO ESTÁ DEDICADO A ALYSSA; A MI MADRE, DEBORAH; Y A STEVEN MALK,
QUE CREYÓ EN ESTE PROYECTO DESDE EL COMIENZO. SEGUIRÉ AGRADECIENDO A LOS
TRES HASTA QUE LAS VACAS VUELEN, LO QUE PUEDE QUE TARDE ALGUNOS AÑOS.**

—JJ

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2015

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Terrible Two*

© del traductor: Jairo Buitrago, 2015

© del texto, Mac Barnett y Jory John, 2015

© de las ilustraciones, Kevin Cornell, 2015

Diseño del libro: Chad W. Beckerman

© Editorial Planeta S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2015

ISBN: 978-84-08-14143-3

Depósito legal: B. 10.883-2015

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien
libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

BIENVENIDOS AL IDÍLICO YAWNEE VALLEY,

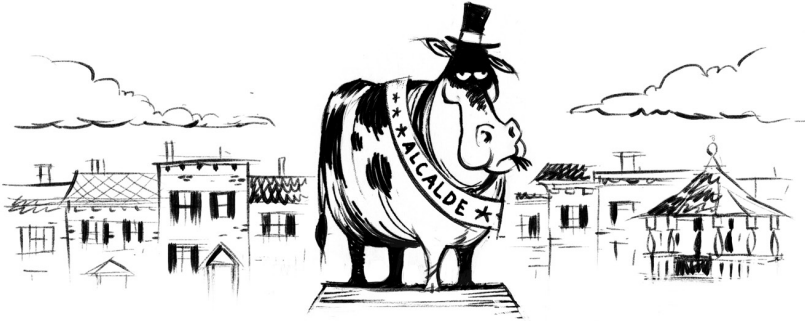
un lugar donde las verdes colinas bajan hasta los arroyos, y las vacas, hasta donde alcanza la vista. ¡Mira! Aquí tenemos una.



Allá van algunos datos útiles sobre Yawnee Valley: si apiláramos una a una todas las vacas de Yawnee Valley, habría suficientes como para llegar a la Luna y regresar. (Lo cual tal vez no sea una buena idea, ya que a las vacas les dan miedo las alturas y, además, no pueden respirar sin casco.)



En 1836, y por un error en el recuento de los votos, se eligió una vaca como alcaldesa de Yawnee Valley. (Y además la reeligieron para un segundo mandato, después de que su gestión recibiera un apoyo abrumador.) Todavía se puede ver la estatua de esa vaca en el centro de la plaza del pueblo.



Si te quedas cerca de una vaca el día entero, puedes oír el mu de la vaca unas cien veces o menos. Contar estos muuuus es un pasatiempo popular en el pueblo.

¡Mira! ¡Aquí hay otra!



Todas estas cosas hacen que Yawnee Valley sea un lugar muy emocionante para los fanáticos de las vacas. Pero Miles Murphy no era lo que se dice un fanático de las vacas.

Capítulo
2

ESTE ES MILES MURPHY. Viaja con destino Yawnee Valley. Observémoslo más de cerca.

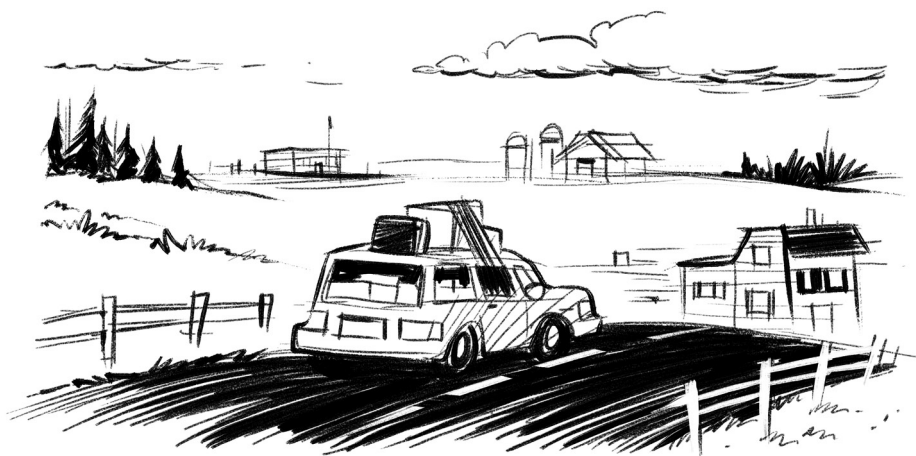
¡Ese ceño fruncido! ¡Esa mirada melancólica! ¡Esa manera de apoyar la cabeza contra la ventanilla, como si quisiera salir corriendo y escapar!

¡Y esa manera de suspirar!



Lo habrá hecho unas cien veces en lo que va de día.

—Miles, deja ya de suspirar —le apremió Judy Murphy desde el asiento del conductor—. ¡Ahora tendremos una casa! ¡Tu habitación será más grande y tendremos un patio! Necesitamos empezar de nuevo, así que sonríe y sé buen chico.



Pero Miles no conseguía sonreír. Estaba triste por mudarse a Yawnee Valley. Estaba triste por tener que despedirse de sus amigos Carl y Ben. Estaba triste por haberse ido del antiguo piso en un edificio rosa cerca del mar. Estaba triste por despedirse de su antigua habitación, cuyas cuatro paredes (e incluso el techo) estaban empapeladas con mapas que había intentado llevarse consigo, pero los había pegado tan bien que se rompieron cuando intentó sacarlos. (¿Por qué tuvo que esmerarse tanto por pegar esos mapas tan bien?) Estaba triste por haberle dicho adiós al Supermercado de Max, su proveedor de chuches de confianza. Y estaba triste por dejar

atrás su reputación de mejor bromista de la escuela, tan trabajosamente ganada durante años y años de ideas brillantes.

Miles no perdía la esperanza de que dieran media vuelta y regresaran a casa, pero el coche siguió avanzando y fue entonces cuando vieron este cartel:



YA HABÍA PASADO LA MEDIANOCHE y Miles

daba vueltas en su nueva habitación. Era demasiado grande, y las paredes, demasiado blancas. Había cajas por todos lados. Aunque debería estar dormido, permanecía despierto porque no había nada en orden en esa habitación. Ni tampoco en el patio. Miles no se había preocupado nunca ni por las habitaciones gigantescas ni por las casas ni por los patios. Aquello no era «volver a empezar», sino empezar con muy mal pie. Al fin apagó la lámpara que estaba puesta sobre una de las cajas y volvió a la cama.



Miles no podía dormir. En su antigua habitación, oía a través de la ventana el rumor de las olas al romper.

Saltó de la cama y abrió la ventana. Oyó algo a lo lejos. Sonaba como el mugido de una vaca.



Antes, el aire olía a mar. Este aire olía a vaca.

Si el día le había ido mal, el día siguiente podía ir aún peor. Al día siguiente comenzaba en una nueva escuela.

Miles volvió a la cama con una pavorosa sensación.

MILES SE DESPERTÓ con la misma pavorosa sensación. Abrió los ojos y miró el techo blanco. La noche anterior había soñado que todo aquello era un sueño, y ahora deseaba seguir soñando.



Cerró fuerte los ojos y trató de seguir durmiendo, pero abajo ya estaba su madre en la cocina. Hacía mucho ruido mientras preparaba el desayuno. Un desayuno que olía como a huevos. Y como a vaca. A decir verdad, parecía que solo olía a vaca.

Miles se tomó los huevos. Sabían como a pavor, pero a decir verdad, todo era pavoroso. Ese miedo lo acompañó en el coche, mientras iba de camino a la Escuela de Ciencias y Letras de Yawnee Valley.

—Mamá, ¿y si me salto este curso? —le preguntó Miles—. Conozco a un montón de chicos que se han saltado un curso. Podría dedicar este año a trabajar en mis propios proyectos. ¡Sabes que tengo un montón! Sería el año de mi proyecto.

—Miles, cuando te saltas un año de escuela no puedes pasar al siguiente, simplemente tienes que repetirlo —le respondió su madre.

—Eso ya lo sé, mamá, pero si me salto este curso, el año siguiente sería más mayor que mis compañeros y eso sería ideal para mí. Lo tengo todo planeado. Formará parte de mi año de proyecto. Qué gran idea, ¿no?

—No va a haber ningún año de proyecto.

—Entonces tal vez podría dedicarlo a viajar. Sabes cuánto deseo ver el mundo con mis propios ojos. Dicen que viajar es la mejor escuela.

—No.

—Me podría tomar un año sabático. ¿Sabes lo que es un año sabático, mamá?

—Sí. ¿Y tú sabes lo que es un año sabático?

—A grandes rasgos, es un año de proyecto.

—No.



Al fin llegaron a la escuela.

—¿Lo llevas todo? —preguntó Judy.

Miles echó un vistazo a su alrededor.

Su nueva mochila, su nueva fiambreira en la que llevaba la comida, sus nuevas carpetas y cuadernos, su nueva chaqueta y —lo más importante de todo— su viejo cuaderno de bromas.

Era un cuaderno viejo y corriente por fuera para no despertar sospechas (por supuesto), pero por dentro era fabuloso, y estaba repleto de mapas, notas y planos relativos a las mejores travesuras que había cometido Miles.

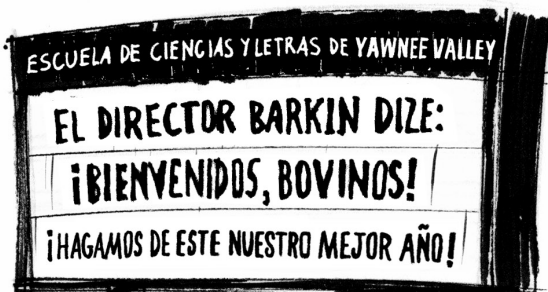
Todas sus bromas estaban allí. La del fantasma. La del diente incisivo perdido. La operación deberes empapados. Y había muchas otras. La de los dos gatos en lugar de un perro. El pez en la cama. La limonada sin pizca de azúcar. La misión pastel. Allí estaba todo el material que había hecho famoso a Miles. La salsa de tomate usada como sangre. Las uvas pasas por doquier. La operación arena en los calzones.

En tu primer día en una escuela nueva, en un pueblo nuevo, tienes que decidir qué tipo de chico vas a ser. Podrías ser el chico avisado o el



que tiene los zapatos más molones. Podrías ser el que más sabe de automóviles viejos, cotilleos de actualidad o cosas como la primera guerra mundial. El que siempre usa protector labial. El que juega al ajedrez o el baloncesto. El representante en el Consejo Escolar. El que organiza las donaciones de alimentos. El chico que se sienta en la primera fila. El que se sienta al fondo. El que siempre levanta la mano aunque no sepa las respuestas. El chico al que le permiten ver películas para adultos. El chico al que no le permiten ver películas para adultos pero siempre presume de hacerlo a pesar de que solo se ha leído las reseñas. El chico cuya familia no tiene televisor y solo quiere usar el tuyo.

El primer día de clases puedes fingir un acento francés para parecer el chico extranjero. Podrías darle un regalo al profe y ser el chico al que todos hacen la pelota. O ser el chico que tiene el material escolar más caro. El chico que le saca punta al lápiz diez veces por clase. El chico rarito que se pone los calcetines desparejados. O el chico que lleva pantalones cortos todos los días aunque haga un frío que pela. Ese día es cuando decides si te convertirás en un chico nuevo y lo serás por el resto de tu vida.



Pero Miles no quería ser ninguno de esos tipos de chico. De hecho, lo que no quería de ningún modo era ser el chico nuevo. Quería ser el mismo de siempre en su escuela de siempre: el genio de las bromas. Lo había sido en su antigua escuela y tal vez podría serlo en la nueva.

—Adiós, mamá.

Bajó del coche y examinó la Escuela de Ciencias y Letras de Yawnee Valley. Era un simple edificio de ladrillo que tenía forma de ladrillo. Miles miró a su alrededor y vio la parafernalia típica del entorno escolar.

La típica marquesina.

La típica bandera que ondeaba en la típica asta.

Las típicas manadas de niños.

Los típicos setos recortados.

Los típicos árboles.

La típica entrada a la escuela bloqueada por el típico coche de alguien.

Un momento. Allí había algo que no encajaba. Miles miró una vez más.



Miles se acercó a la multitud de niños, en medio de estornudos, cotilleos y hasta algunas carcajadas.

—Hay un COCHE en la ENTRADA de la escuela —dijo uno de los chicos, lo cual era una obviedad como la copa de un pino—. ¿QUÉ está PASANDO? En serio, ¿alguien me lo puede EXPLICAR?

El chico se llamaba Stuart y alguien podría haberle contado lo que pasaba, pero nadie lo hizo. (A Stuart siempre le pasaban cosas así.)

El corazón de Miles empezó a latir a toda prisa.

La campana sonó e hizo disparar la alarma del coche.

Nadie se movió.

—Bueno, ¿CÓMO se supone que vamos a entrar en la ESCUELA con ESE COCHE ahí? —preguntó Stuart mientras comenzaban a saltarle algunas lágrimas histéricas.

Miles sonrió por primera vez desde que había dejado su antiguo pueblo. ¡Vaya broma taaan currada!

Y, de repente, dejó de sonreír.

Porque era una broma currada de verdad.

Frunció el ceño. En aquella escuela ya había un bromista. Y se lo curraba mucho.

Miles Murphy no sabía absolutamente nada sobre la primera guerra mundial, y no llevaba los calcetines desaparejados. Si Miles no podía ser el bromista de la escuela, no iba a ser nadie.